

*Lugar*. Dionisio Cañas. Antología y nuevos poemas. Ed. Manuel Juliá. Hiperión 2010

Rafael Morales Barba

Supe que Dionisio Cañas era poeta por un comentario de José Olivio Jiménez en 1992, en aquel multitudinario congreso de homenaje a Gil de Biedma. Pero ciertamente era difícil encontrar los libros del poeta y profesor errante que ahora, en sus mejores ejercicios, nos trae la cuidada selección de Manuel Juliá. Un minucioso, lúcido y extenso prólogo, ajeno a las meras palabras de compromiso, como suele ser cuenta y razón al día de hoy, sitúa al poeta de Tomelloso en su real dimensión existencial y pensativa, tierna y desabrida, muy humana. Un prólogo donde Juliá desaloja a su paisano de los clichés de la experiencia, para incluirlo en espacios más amplios, poesía de la vida, del amor y el sexo, de la memoria de la felicidad y los amigos, de Nueva York y La Mancha. De la melancolía unida al paisaje. Lo hace desde esas perspectivas donde el manchego ahonda con inteligencia en su circunstancia, unas veces con fuerte sentido existencial y en otras desde el realismo sucio que presentaba su más distinguido representante, Luis Antonio de Villena. Cañas no se excede en esa *suciedad* sino en sus límites léxicos, pues una tremenda ternura que a veces recuerda la del poeta Henri Cole, le hace compartir esa rotundidad material, a veces burda, con una profunda ternura melancólica. Aflicción que domina en la parte más interesante del libro, los poemas finales y de madurez, que se proponen desde la añoranza de personas y mundos pasados, de sus ansiedades y nuestras limitaciones.

Aunque hay homenajes a los muertos del 11-M, como no podía ser menos en un huésped de Nueva York desde hace tanto tiempo, lo fundamental del libro llega de la mano de este cantor del vivir lejos del cielo, que canta su actual desamparo. Terrenal y matérico, pero enamorado de una vida que se empieza a convertir en recuerdo, Cañas nos emplaza desde el poema en prosa, *ahora tan célebre*, como llamaba Claudio Rodríguez de lo que estaba de moda, y desde un versículo whitmaniano. Lo han empleado Gamoneda, Mestre y otros poetas adscritos a la vieja tradición del mismo que actualmente el versículo fragmentado, de Lowell a Ashbery, ha roto y que está creando la llamada poética del fragmento *en la generación nozilla*. No es el caso de Cañas, clasicista y apelador al sentido sobre el experimento formal, pero con muy pocos convencionalismos en su grito de fondo. Una tremenda autenticidad o verosimilitud recorre este estos estupendos versos de un poeta valiente, ajeno a la pulcritud formalista del verso endomingado. Así el paisaje surge rotundo y adentrado en el magnífico “Más allá de la cúpula del cielo” o de quien siente la ridiculez de ser como “El emperador de los helados” de Wallace Stevens un emperador de nada, “Oda rey de las gallinas”. Lo ha hecho muy bien en ese desasosiego existencial cantado por el estupendo “Dead end” y que este *Lugar* trae y muestra, entre excesos y ternuras, desequilibrios y bondades, al buen poeta que es en sus momentos álgidos. Y sobre el que habrá que volver.